

## La senda del tiempo

Julio Torres Nuez \*

Igual que aquellos bichos empalagosos de Spielberg que se convertían en fieras al mojarlos de noche, tampoco conviene escuchar a los Celtas Cortos mientras se ordenan fotos de montaña. Uno puede encontrarse de pronto con cuatro tipos con camisa a cuadros a punto de salir hacia el Pirineo en un Seat 127, y despertar al monstruo de la nostalgia.

Veinticinco años del GAJ: 1986-2011. El año del terremoto de El Salvador y de la catástrofe de Chernobil fue también para España el de la entrada en la CEE, el referéndum de la OTAN y la reelección de Felipe por mayoría absoluta. La UNESCO declaraba Patrimonio de la Humanidad el conjunto mudéjar turolense y Televisión Española, la única por entonces, inauguraba sus emisiones matinales. Mueren Tierno Galván, Borges y Cary Grant; Queen graba un DVD con su actuación del 12 de julio en Wembley, dentro de la que sería su última gira, el *Magic Tour*.

Barcelona presentaba oficialmente su candidatura olímpica: habría que esperar todavía unos años para el auge del deporte nacional. Tras el desastre de España 82, la selección de fútbol llegaba como de costumbre hasta cuartos de final, para caer eliminada por penaltis en el mundial de México, el de la ola. Como un augurio de tiempos mejores, nacía en junio Rafael Nadal. De montañismo se hablaba más bien poco y casi siempre de hazañas mediáticas, lo mismo que ahora, por lo que no pudo pasar desapercibida una de las mayores de la historia: Reinhold Messner coronaba por su ruta normal el monte Lhotse el 16 de octubre, convirtiéndose así en la primera persona en escalar los catorce *ochomiles* del planeta.

Ajenos a todo ello, los excursionistas de la foto parecen felices de viajar hacia un Pirineo donde podía acamparse en cualquier sitio y meter las vacas por la calle mayor. La zapatería del pueblo aislado de Huesca al que se dirigen todavía no era un líder mundial de equipamiento para montaña y esquí. Lástima que los 127 no llevaran radio, porque habría amenizado su largo viaje sin autovías con la banda sonora del momento: Semilla Negra, Cruz de Navajas, La Puerta de Alcalá o La Isla Bonita.

Más adelante, encontramos al grupo acampado en una de las planicies que preceden a las majestuosas cubetas glaciares de la cordillera, con sus pertenencias esparcidas por la hierba. La bombona azul de camping-gas, la botella de Torres 10 medio llena, latas de albóndigas y de fabada Litoral. Una brújula junto al mapa de tapas rojas de Editorial Alpina o a los del ejército. Linternas frontales con pilas de petaca, mochilas con armazón metálico y correa estrecho, sacos de dormir que ocupaban comprimidos la mitad de la mochila y, como telón de fondo, una tienda canadiense que debía pesar por lo menos doce kilos.

Unas pocas instantáneas más y reparamos en los uniformes de los expedicionarios, que mudan al unísono según la hora o el aspecto del cielo. Camisa de franela del mercado del jueves y vaqueros recortados con flecos; pantalones cortos de fútbol que marcan paquete, o bien muy largos y fondones que sólo se ciñen al llegar a los tobillos; chubasquero con bolsa marsupial de la que cuelgan las gomas para atarlo a la cintura - comprado seguramente en la armería El Abuelo-; camisetas Ferrys blancas, sudaderas a

rayas Puma, jerseys y anoraks gordos. Algodón, lana y algo de pana; botas siempre de cuero que costaba lo suyo dobligar con el uso, Chirucas o Kamet si alcanzaba el presupuesto. Excepto la mezcla estridente de malva y turquesa en los chándales, casi todo de un sufrido marrón, azul marino o caqui de camuflaje, muy apropiado para una barbacoa y aprovechable también para otros menesteres.

Pero pronto llegaría el colorido y los pantalones de cordura con refuerzos en las rodillas. El genial descubrimiento de la vestimenta en capas (varias finas siempre mejor que una gruesa) se vería refinado enseguida por los conceptos de *versatilidad* y *equilibrio térmico*. Irían apareciendo el *polartec*, el *kevlar*, el *Thinsulate*, el *textrem*, el *goretex*, el *windstopper*, el *soft-shell* y el *powerstretch*. Hoy en día quedan ya pocos clásicos que no lleven encima, o en el *porsiacaso*, las cuatro capas reglamentarias: transpirable, aislante, cortavientos e impermeable -de dentro afuera-, o que no dispongan de tres o cuatro tipos de botas y dos o tres de mochila, según la actividad. Las secciones de montaña de las tiendas de deportes son más grandes que las de esquí en la era del equipo adecuado, de la obsesión por el gramo, de dejarse de vez en cuando una pasta en las cajas de Barrabés.

La información en Internet sobre excursionismo se desbocó, y aquellos mapas imposibles de plegar dieron paso al GPS. Los primeros aparatos, que representaban nuestro trayecto en una pantallita vacía, como las migas que Pulgarcito iba dejando atrás, nos parecieron ya la piedra filosofal de la orientación; pero llegarían los que admiten mapas digitales –y fotos aéreas- sobre los que ver nuestra posición en todo momento. Si coincide con el *track* descargado previamente de Wikiloc, todo va bien. Salvo que se nos agoten las pilas es casi imposible perderse, pero al menos podemos preparar rutas que se apartan de los caminos trillados. La masificación de la montaña se ha concentrado en unos cuantos recorridos y picos famosos, afortunadamente.

Entre la *Movida* y la Crisis, los enormes avances tecnológicos y sociales que han caracterizado el cambio de siglo han tenido sin duda influencia en nuestra afición. Pero ¿hasta qué punto habremos cambiado nosotros con ellos? Ah, ya avisamos que no había que mojar a los *Gremlins*. Aparte de varios pares de suelas Vibram, seguro que hemos dejado en el sendero tiempo para la familia y para otras amistades –aunque hayamos hecho también muchas nuevas-, resistencia ante la incomodidad y el mal tiempo, generosidad al distribuir el peso en las mochilas, ilusión por ver lo que hay al otro lado del collado, alguna barrita energética de camaradería y humildad...

Aun así nos queda cierta motivación, que es la misma de siempre. La misma que *aquellos locos con sus viejos esquís* de la Sociedad Excursionista de la que heredamos el nombre, que en plena posguerra se dedicaban a diversas actividades *inútiles* y divertidas en nuestras *sierras calladas* o en el Alto Pirineo. Admirar de cerca la naturaleza; afrontarla, a veces en plan tranquilo y otras como un reto particular; terminar por conocerla un poco para asimilar sus valores de simplicidad y pureza. No olvidar que está habitada. Aprender a cargar sólo con lo esencial y relegar las preocupaciones de aquí abajo, hacer méritos suficientes para reencarnarnos finalmente en sarrío -o en marmota, según. Siempre de forma segura y a ser posible en compañía. ‘¿Recuerdas aquella noche en la cabaña del Turmo?, las risas que nos hacíamos antes todos juntos, hoy no queda casi nadie de los de antes, y los que hay, han cambiado, han cambiado...’

\* *Socio del GAJ*